

VER CON LOS OJOS DE CRISTO

Semblanza del beato Rutilio Grande SJ por el P. Hedwig Lewis SJ.



[Nota: la ceremonia de Beatificación del Ven. Rutilio Grande, tendrá lugar el 22 de enero 2022, en El Salvador]

Mirando con los ojos de Cristo

En la Solemnidad de la Transfiguración de Nuestro Señor, el 6 de agosto de 1970, el P. Rutilio Grande concluyó su homilía, en la Catedral de San Salvador, urgiendo a los Obispos y a los Gobernantes del país, “que vieran con los ojos de Cristo... y solo entonces, Cristo, el Salvador Transfigurado, sería realmente el Patrón del país, pues todos los bautizados serían transformados en su nombre, por haber sido fieles al mandato del Padre, como se había proclamado en el evangelio: “Este es mi Hijo amado, escuchadle y sed fieles a su mensaje”.

Fiel a su convicción, Grande en persona fue un doble de Cristo ante la gente, por su vida ejemplar y su ministerio. “En sus homilias descubrimos un Rutilio plenamente identificado

con Jesús. Él vio con los ojos de Cristo, juzgó la realidad a la luz de la Palabra, de la Tradición y del Magisterio, y actuaba como Cristo hubiera hecho, esto es, con misericordia, anunciando La Buena Noticia, y denunciando el pecado. Un ver, juzgar y actuar que le llevó a sufrir incomprendimientos, intolerancia, acusaciones, ridículo, y la persecución de los espías, entre otras cosas. Este fue un sufrimiento del cual siempre fue consciente...”, afirmó el Arzobispo de San Salvador, José Luis Escobar Alas, en una Carta Pastoral que escribió con ocasión del 41º aniversario del martirio de Grande, el 12 de marzo de 2018. Grande no solo llevó el yugo que Cristo colocó sobre sus hombros, sino que ayudó a quitar y aligerar las cruces que llevaban las gentes a las que él servía.

Rutilio Grande fue “un místico de ojos abiertos”. “Los ojos son órganos de gracia”. explica J. B. Metz, creador de la frase. La palabra ‘místico’ derivada de la palabra griega que significa “cerrar”, está generalmente asociada con místicos que cierran los ojos en meditación, a fin de estar más concentrados interiormente. “Jesús no enseñó un misticismo ascendente de ojos cerrados, sino más bien un misticismo de Dios con una prontitud aumentada para percibir, un misticismo de ojos abiertos, que ve más, y no menos. Es un misticismo que hace visible todo el sufrimiento invisible e inconveniente, y, –convenga o no-, presta atención a ese sufrimiento y asume responsabilidad ante el mismo, a causa de un Dios que es un amigo de los seres humanos”. Grande, con ojos plenamente abiertos ‘ve todas las cosas nuevas en Cristo’.

Primeros años de su vida

Rutilio Grande nació el 5 de julio de 1928, el más pequeño de 7 hijos, en una familia pobre de trabajadores del campo, en El Paisanal, El Salvador. Cursó sus primeros estudios en el

Seminario Menor, en la capital San Salvador. Entró en la Compañía de Jesús en Caracas a los 17 años de edad. Tras los estudios de Juniorado en Quito, Ecuador, fue destinado a enseñar historia durante tres años en el Seminario Menor, en el Salvador. Después él se trasladó a España, para estudiar Filosofía y Teología en Oña (Burgos).

Durante toda su formación como Jesuita, Grande fue un estudiante sin especial distinción. Estuvo plagado de escrúpulos, con baja autoestima, y dudas sobre su vocación. Afortunadamente, pudo superar todas estas adversidades y fue ordenado de sacerdote en Oña el año 1959. Volvió a España en 1962, para el Tercer Año de Probación, que terminó en Córdoba en 1963. Seguidamente se trasladó a Bélgica donde estudió en el Instituto Lumen Vitae, en Bruselas.

A mediados de los años 1960, tuvo lugar un fermento especial en la Iglesia, causado por el Vaticano II (1962-1965). '*Gaudium et spes* (Gozo y Esperanza), 'Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Moderno', suscitó un gran interés en el alma de Grande, invadiendo toda su personalidad y redefiniendo su vocación. Hasta este momento, él se había atenido fielmente a la formidable noción del sacerdocio como Llamada de Dios a la perfección y a la exigencia de ejercer el papel de un modelo de virtudes. El Documento Conciliar presentaba el sacerdocio como una Vocación de Servicio, modelo de amor y compasión, a partir del sacrificio propio, a fin de sacar a luz lo mejor que habita en los otros. Grande vio desde entonces muy claro que su papel como sacerdote era el de ser un siervo-líder, simplemente como 'Tilo', sin títulos de Don o Padre.

Planteamientos radicales

Grande volvió a El Salvador en 1965, cargado de fervor religioso y dinamismo. Fue nombrado director de proyectos de acción social, en el Seminario de San Salvador. Su primera obligación, como él previó, era la de cambiar el enfoque del Seminario de objetivos puramente académicos, hacia un sistema integral de oración-estudio y concientización social. En los años de la década de 1960, Grande organizó programas de 'inmersión' para los seminaristas por todo el país, durante sus vacaciones a lo largo del año, haciéndoles experimentar las duras realidades presentes en los niveles más bajos de la población. Sin embargo, sus métodos para la formación y la evangelización le acarrearón controversias con las autoridades del Seminario y una pérdida de confianza por parte de los Obispos. Grande dejó el seminario en 1972, y fue nombrado párroco de Aguilares, en El Salvador.

En el campo de misión, Grande se hizo defensor de los pobres y luchador en pro de la justicia social. Su pedagogía era sencilla y franca. Formó líderes, hombres y mujeres comprometidos, que eran reconocidos por sus comunidades y por la Iglesia, y los nombró delegados de la Palabra. Estableció *Comunidades Cristianas de Base*, que cubrían un conjunto de 12 poblados. Los delegados enseñaban a los campesinos de las comunidades de base a leer la Biblia, y, tomando inspiración de los textos sagrados, a suscitar interrogantes sobre los males sociales que los ahogaban, y a defender sus derechos humanos. "El Evangelio tiene que desarrollar pequeños pies", exhortaba Grande, si queremos que Cristo no se quede en las nubes".

Profeta sin temor

Grande era un orador increíble, que escribía y predicaba valientes homilias. Firme campeón de los pobres y los oprimidos, él hacía uso del púlpito para denunciar las acciones del Gobierno, de los escuadrones de la muerte, y de su país, y la violencia causada por el comienzo de la

guerra civil y la ocupación militar de las iglesias. Su retórica desafiaba a los ricos terratenientes e incluso a los dirigentes eclesiales. Estaba a favor de propuestas de reforma agraria, inclusión litúrgica de los seglares, programas de alfabetización, y los derechos de los obreros.

En su famoso ‘Sermón de Apopa’, un mes antes de su martirio, Grande destacó el empuje universal del mensaje cristiano: “Dios nos dio un mundo material para todos, sin límites... Así, el mundo es una mesa común, con manteles lo suficientemente amplios para todos, -como esta Eucaristía-, con una silla junto a la mesa para cada uno, y con suficiente comida para todos. Y con Cristo en medio”.

Cada vez más, Grande fue ofreciendo el modelo de una iglesia vibrante en El Salvador, comprometida con despertar en los pobres una conciencia de su dignidad y derechos, propios de los hijos de Dios. La gente comenzó a tomar en serio el dicho del consejero: ‘¡Felices sois vosotros pobres: es la voluntad de Dios que vosotros dejéis de ser pobres!’. Ellos fueron cambiando su mentalidad y tomaron una firme posición contra sus opresores. Grande adquirió una fama de sacerdote ‘radical’, y enemigo del sistema. Los terratenientes de la localidad vieron la organización de los campesinos como una amenaza a su poder. Sin poderlo evitar, Grande entró en conflicto directo con los ricos y los ciudadanos poderosos. Era vulnerable y él lo sabía.

Martirio

El día 12 de marzo de 1977, Grande, acompañado de Manuel Solórzano, 72, y de Nelson Lemus, 16, partieron de Aguilares hacia El Paisanal. En Los Mangos, su vehículo fue rociado de balas desde una furgoneta, y también desde gente armada a los lados del camino, donde estaban apostados para el asesinato que habían planeado. Grande y sus dos acompañantes fallecieron instantáneamente.

La muerte de Grande influyó profundamente en su compañero de estudios y amigo desde los días del Seminario, el arzobispo salvadoreño Óscar Romero, que se convertiría en ‘una voz de los que no tienen voz’. La posición de Romero contra la violencia y la pobreza, con el tiempo le llevó a su propio martirio en 1980, y a la canonización en 2018. En el funeral de Grande, Romero dijo: “La liberación predicada por el padre Grande, estaba inspirada por la fe. La liberación que termina en la felicidad de Dios, la liberación que comienza con el arrepentimiento de los pecados, la liberación fundamentada en Cristo, el único poder que salva”.

El autor es un antiguo Rector del St. Xavier College, Ahmedabad, y escritor. Website: <http://joygift.tripod.com>

Este artículo fue publicado en la revista JIVAN, diciembre 2021-enero 2022

Traductor: AMC. Comunidad de Cartuja (Granada). Navidad 2021